

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mañón 26 de Febrero de 1934

Núm. 561

El prestigio del nombre

Por la duquesa de Medina Sidonia

Se acercaba la fecha de Reyes. No quedaban en el monte del Pardo más que dos o tres familias de carbo-neros. Los que ya habían concluido ha-bían regresado a Toledo o Galicia. Los hornos, apagados y abiertos, co-mo pequeños volcanes, eran sers, en el trayecto que yo tenía que seguir con mi caballo hasta llegar a la ermita del San-to Cristo.

Se me acercó un grupo de niños. —Mire señorita—me explicó uno—, Felipe está detrás de aquel chaparró, porque se ha tiznado con un tronco car-bonizado para hacer de Rey Mago ne-gro, y nos hemos reído de él, porque nos ha parecido que está igual que to-dos los días, y nadie le ha reconocido el disfraz de Rey. ¡Ni siquiera se ha puesto coronal!

—Tampoco el príncipe la lleva!—se apresuró a contestar Felipe, asomando la cabeza fuera de su escondite.

—Pero tú no vas en coche, ni eres rubio como él, y nadie te aplaude ni te sigue gritando que vivas...

—Ni eres Rey de verdad, porque no nos vas a traer nada—le dijo una niña.

—¿Que queréis, que os dejen los Re-yes en vuestros zapatos?—pregunté yo. Todos se rieron sin contestar.

El mayor, enseñándome sus pies descalzos, corrigió: —Será en las alpargatas de los que las tengamos...

—¿Y si os trajeran a todos zapatos? —¡Sí; eso, zapatos! ¡Zapatos!—grita-ron todos entusiasmados.

Ni ellos ni sus padres sabían qué nú-meros les vendrían bien; pero se reso-vió el conflicto. Fui marcando en mi fusta, con una navaja, las diversas me-didas; como no daba de sí para todos, usé la fusta del mozo también; queda-ron muy bonitas, las líneas en color más claro parecían hechas a propósito.

Dos días después andaban todos calzados, porque ninguno tuvo pacien-cia de esperar a Reyes.

Cuando volvíamos, anochecido, nos pareció ver un trozo de bayeta roja al borde del camino.

Por allí no había piedra, y no podía ser el anuncio de que hubiesen puesto un b. reño. Nos acercamos y vimos a María Jesús, la gallequita más guapa de todas, profundamente dormida. Tenía seis años. Como hacía frío, la piel de sus piernecitas estaba morada, lo mis-mo que sus mejillas.

Me bajé del caballo y la cogí en bra-zos. Sus esp. endidos ojos azules se abrieron y me dijo con sencillez, pasan-do un brazo alrededor de mi cuello: —Había venido a preguntarte cómo te llamabas.

—Ya ti que más te da!

—Te iba a dar las gracias por los za-patos... ¡Pero has tardado tanto!

—Que te has dormido... Pero tú vi-ves en la última choza. ¿Cómo has an-dado tanto tu sola, con lo pequeños que eres?

—Noh e andado; he corrido...



Vestido de seda natural, adornado con recortes. Vestido de lanta gris, adornado con botones y una corbata de lana clara.



Conjunto de lana gruesa adornado con zorro

—¡Ah! Pero a mí no tienes que darme las gracias, porque esos zapatos te los han traído los Reyes Magos a tí. ¿Sabes quiénes son?

—Sí... los que viven con el Príncipe de Asturias, sus papás... pero tú se lo has dicho. ¿Y tú, qué eres?

—Como andaba con ella ten brazos, para llegar cuanto antes a la choza, es-taba algo cansada ya; pensé que si la empezaba a contar la historia más ma-ravillosa del mundo, que empezó en el Portal de Belén, nunca ibamos a llegar; no deshiciera el equívoco, y sólo la con-teste.

—Me llamo María del Carmen, Ma-ría Jesús. ¿Y la niña me miró consternada.

—¿Entonces tú te llamas María del Carmen, igual que la niña que vive abajo?

—Igual.

Era inadmisibile, cuando se resignó a creerlo, yo dejé de tener importancia para ella. No volví a encontrar en sus maravillosos ojos el asombro y el apa-sionado interés que había visto siem-pre; no volví a esperarme al borde del camino; cuando la cruzaba por casuali-dad, continuaba sus juegos sin casi le-vantar la cabeza.

Aquella noche, cuando llegó su ma-dre a la choza, que encontramos vacía, me explicó, con el mismo acento galle-go, y él habla dulce de su hija: —Venimos locos de buscarla su pa-dre y yo... Y es que se debe figurar para ella, que la señorita es así como un hadal. To los los días se nos escapa para-dr a verla pasar por el «atajox». Y, co-mo siempre, la traemos; hoy ha debido de escondersese; figúrese que la prime-ra vez la encontramos dormida... Y es-eso; se figura que la señorita es un hada o un ángel o qué sé yo!

Han pasado bastantes años; siem-pre, que me acuerdo de María Jesús, la gallequita con perfil de estatua griega, pienso que mi nombre de ahora la hu-biese gustado, y en todas las obligacio-nes que tenemos, cuando, además del nombre, hay que responder delante de Dios, como el buen administrador en la parábola de los talentos.

(De «Ella»).

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Febrero 1934.

Es inveterada costumbre parisiense, que los primeros días de febrero traigan, como los primeros retoños de la moda, los modelos iniciales de primavera. Esto lo saben tan bien nuestros modistos, que ya han empezado a hablar de su nueva producción y a mostrarnos las primicias de sus nuevas colecciones.

Por nuestra parte, tenemos la impresión de que la moda primavera va a recordar no poco nuestros conjuntos de invierno. Y hasta diremos que han de tener gran éxito las chaquetillas tres cuartos.

Así que veremos de buen grado estas chaque-tillas o abrigos cortos, como se quierá llamarles de dibujos rameados, *piéd de poule*, o en géne-ro escocés bastante claro, cerrado por un cuello-cito y un lazo grueso. Todo ello combinado con gusto y unido a una falda de tonos oscuros que le presta un aspecto distinguido y elegante.

Otras chaquetillas, de nueva invención, esta-rán confeccionadas casi en líneas rectas, ligera-mente ajustadas y convexas, pues han de llevar-se sueltas y abiertas como si fueran *palétots*. Las faldas complementarias, de corte, color y forma adecuados al de las chaquetillas, quedan a la li-bre elección y al propio gusto de cada una de vos-otras.

Estos dos modelos, que acaba de referir, son los más elegantes lanzados para la próxima estación y que, seguramente, obtendrán un éxito definitivo.

Posiblemente predominará en la moda prima-veral y en los modelos explicados son de rigor los tonos crudo y gris, o bien la falda negra haciendo juego con una chaquetilla de lana ra-meada.

Los botones de estas nuevas chaquetas no serán de ese género uniforme y monótono que ha predominado en primaveras anteriores. Irán colocados verticalmente, en número de dos o tres, con arreglo a la estatura de la dama. Cuanto más, cuatro, procurándose en este último caso que vayan muy derechos para lograr un buen efecto de estética.

Los forros han de revestir gran importancia en la confección de esas nuevas prendas, pues compensarán en ellas la ausencia más o menos total de cuellos.

Los trajes sastré de primavera ostentan, por lo general, pocas guarniciones de piel, así que no se debe pensar en ellas. Por lo contrario, preferentemente privan los tejidos lisos, surcados únicamente por labores de pespuntería, que muchas veces cubren casi toda la superficie del traje.

Los bolsillos se llevarán simulados por dos *pattes rabat*, sobre la cintura y en forma rectan-gular, este detalle es casi de reglamento.

Las faldas serán estrechas y ajustadas al cur-po, dándoles únicamente la anchura necesaria para que no impidan la libertad de movimiento.

El cinturón es casi siempre facultativo e in-dependiente y depende del gusto de la dama o el talento del modisto. Puede ser de charol, de piel de cocodrilo o de boa, pues lo único que se ha de buscar en él es un color que contraste. Un cin-turón negro o azul marino sentarán admirable-mente sobre el tono gris o crudo del traje.

Los tonos crudo y gris son los mejores y más propios para los vestidos de primavera y, por lo tanto, los más aceptables. La franela gris, particularmente, es muy elegante. Y los tejidos de color crudo tirando a amarillo y, sobre todo, los *belges* sostenidos del tipo habanero claro, son excelentes para la estación que se aproxima.

Los azules clásicos, el marino violáceo y el negro, apenas si tendrán aceptación. La alegre primavera no rima con los colores opacos y som-bríos; por eso la moda, siguiendo el ejemplo de la naturaleza, prefiere los tonos claros o vivos.

A. D'ENERY

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

— Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados —

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mañón en la Librería de Maníel Sintés Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

VAGUEDADES

Ya en mi horizonte no asoma la estrella que me alentó, ¡ya no vuelve mi paloma al nido que abandonó!

Como mi paloma has sido, como ella también te vas, abandonando tu nido para no volver jamás.

Eres blanca como ella y dulce como su arrullo; ¡como mi paloma, bella y de mi vida, el orgullo!

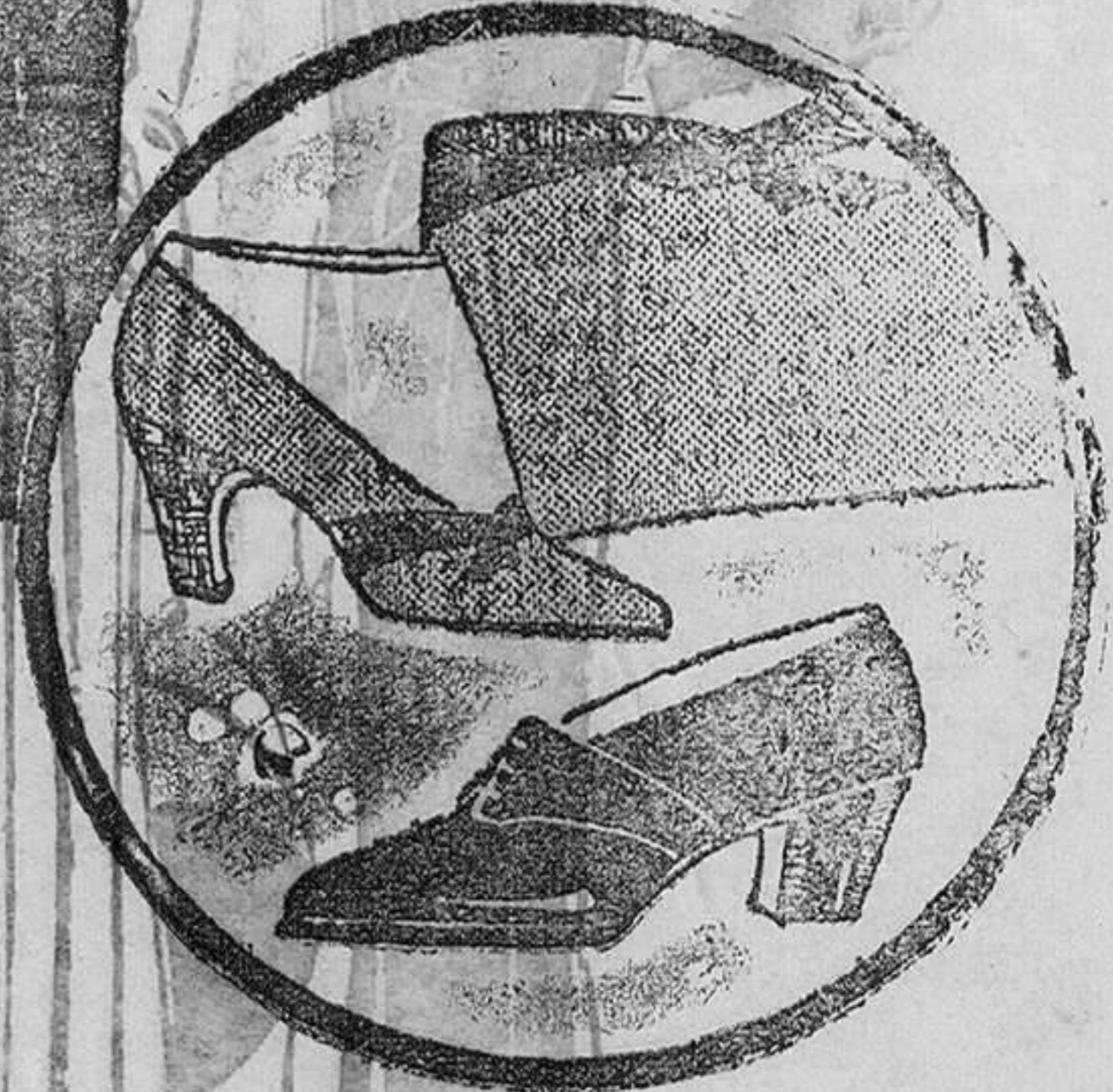
Por tí, perdida mi calma, me esclavicé a una pasión; ¡jentera te di mi alma! ¡jentero mi corazón!

Sentí ternuras de niño y con mis sueños viví; ¡el fuego de este cariño creció solo para tí!

Ya toda ilusión vencida que muera quere la suerte; ¡en tí buscaba la vida y me has dejado la muerte.

Ya en mi horizonte no asoma la estrella que me guió, ¡ya no vuelve mi paloma al nido que abandonó!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



Traje sastre de lana gris plata, adornado con astrakan. Vestido abrigo forma ranplán adornado con una corbata gruesa color verde. Zapato y cartera de piel gruesa de dos tonos. Zapato de piel de potro, muy apropiado para acompañar un traje sastre



Elegante chaqueta de piel de leopardo

PENSAMIENTOS

Hace pocos días, en la Acción Católica de la Mujer vi cómo la alta dama y la señorita ilustre y la escritora insigne alternaban con humildes modistas y las trataban como si fuesen iguales; entonces comprendí la única democracia en que creo: aquella que consiste no en bajar a los grandes al nivel de los pequeños, sino en levantar los pequeños al nivel de los grandes.

Las razones por las cuales una mujer ama a un hombre, siempre son razones secretas, y, por consiguiente, oscuras. La mujer no es igual al hombre sino haciendo de su vida una perpetua ofrenda, como la del hombre es una perpetua acción.

La mujer que no ha visto a su marido en todo el día, cree que este día ha sido perdido para ella, mientras que el hombre más tierno cree solamente ha sido perdido para el amor.

Hay tres cosas que las mujeres de París tiran por la ventana: su tiempo, su salud y su dinero.

Realmente, posee una gran figura y es muy elegante.

De pronto, alzó los ojos y me deslenguó tras el cristal. Me ruboricé un poco, ¡con chal y gorrito de dormir. Me saludó quitándose el sombrero y sonriéndose a la vez... Y siguió su paseo con una indiferencia completa.

En realidad, no está obligado a más; pero no sé por qué, esperaba yo otra cosa de él, y despechada, afligida, he permanecido de un humor insostenible toda la tarde.

Por fin, hoy se ha dignado venir a visitarme el señor de Fenollar.

Ya no llevaba yo mi chal, ni mi gorra de dormir, sino mi bata rosa—una linda bata que merece todas sus simpatías—y los cabellos recogidos sencillamente.

¡Dichosos los ojos! —¿Es reproche?... Pues no lo merezco. ¿Cree usted que no sé me han pasado muy buenas ganas de subir a acompañarla en sus aburrimientos de enferma? Y no digo a distraerla por

LECCIONES DE COSAS

PARA EVITAR QUE LAS ROPAS SE PONGAN AMARILLENAS

Si hay necesidad de tener encerradas, durante largo tiempo, ropas blancas, manteles u otras piezas de lencería, en los armarios o alacenas, envuélvanse en una tela bien seca en un papel azul. Igualmente, se pueden preservar de la acción del polvo y del aire, que los torna amarillos, los tisús y los objetos de adorno, encajes, etc. Lavar todo bien antes de encerrarlos.

PARA BLANQUEAR TELAS DE LINO

Un procedimiento muy bueno para blanquear telas de lino y algodón, prendas de ropa interior, mantelería, etc. es el siguiente: Se lavan primeramente las piezas que se desea blanquear en varias aguas para desprenderles todas las impurezas que tengan adheridas y que son solubles en agua. Después se ponen las piezas de lino o algodón a cocer durante una hora en una solución de agua con cal viva, en proporción de seis gramos de cal por cada litro de agua. Luego se cambia esta agua por otra ligeramente mezclada con ácido clorhídrico, en la proporción de tres gramos por litro de agua, y en esta solución se hacen hervir nuevamente las piezas por tiempo de

una hora. Enseguida se sacan las prendas y se sumergen en otra solución de agua con cloruro de cal, en proporción de cinco gramos de cloruro por litro de agua, dejándolas en remojo durante una hora o más tiempo según el grado de blancura que se desee dar a las piezas, para volver a lavarlas nuevamente en agua caliente mezclada con ácido sulfúrico, dos gramos por litro. Para finalizar se enjuagan cuatro veces más en agua bastante templada para desembazarlas de todo el ácido sulfúrico que puedan haber recogido y que podía perjudicar mucho a las telas.

EN EL TOCADOR

PARA CURAR LAS IRRITACIONES DE GARGANTA

El siguiente gargarismo es excelente, y sirve también para prevenir infecciones y resfriados en las estaciones frías, alcohol, 50 gramos; mentol, 1 gramo; salol, 2 gramos; timol, 0,25. Se echafunas cuantas gotas, a gusto de cada uno, en agua templada.

CONTRA LA FETIDEZ DE ALIENTO (HALITOSIS)

Este defecto es más común de lo que se cree. Y lo peor es que ni la persona que lo tiene se da cuenta, ni sus amistades se atreven a decirselo. Ojo, pues. Consulte usted con una persona de toda su intimidad, y, caso de tener mal olor, use la siguiente fórmula:

Agua de cerezo-laurel, 100 gramos. Tintura de benjuí, 50, gramos. Tintura de pachuli, 25 gramos. Agua de Labarraque, 2 gramos. A los fumadores les convienen los enjuagues de agua con algunas gotas de la solución siguiente: salol, 1 gramo; alcohol de menta 50 gramos; tintura de caicé, 1 gramo.

DE COCINA

MENUDILLOS CON HUEVO

Lávense los menudillos con agua bastante cargada de vinagre y pártanse en dos trozos cada cosa espolvoreándolos con sal y pimienta.

¡Derrítanse en una cacerola tres cucharadas de manteca de cerdo, y fríanse en ella tres dientes de ajo, un cuarto de kilo de tomates, perejil, laurel y alguna otra hierba, y a continuación échense tres tazas de caldo y sazónado todo, póngase a cocer.

Cuando empiece a hervir échense los menudillos y déjense cocer éstos y reducir el caldo.

Bátanse seis huevos, sazónados y échense en la cacerola, removiendo hasta que cuajado el huevo resulte un verdadero revuelto.

PATATAS CON MAYONESA

Después de peladas bien las patatas pártanse en rodajas algo más gruesas que si fuesen para fritas.

Pónganse en una sartén con aceite frío y ésta a la lumbre, y cuando hayan cocido un poco, a fuego débil, para que no se frían, añábase caldo en cantidad que las cubra y en esta forma déjense cocer del todo.

Pónganse después en una fuente por capas espolvoreadas de sal, pimienta y perejil muy picado y vértase encima la mayonesa con la mayor igualdad posible.

Imp. de M. Sintes Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Madrid

FOLETÍN DE EL BIEN PÚBLICO

EL HADA ALEGRIA

por RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(76)

El primer día que me levanté, estaba yo en pie tras la ventana que da al jardín, envuelta en un chal blanco y con los cabellos recogidos en una linda gorrita de dormir de valencinenses y lino. Miraba con gran interés mis geráneos por ver si desde allí lograba adivinar los adelantos que habían hecho durante mi enfermedad, cuando apercibi al Conde paseando lentamente entre los cuadros de flores de la roaleda.

Quedé sorprendida. Nunca le había visto como aquel día primaveral, tan erguido, tan arrogante.

Le miré a mi sabor andar y moverse, en la ignorancia de la contemplación de que era objeto.

—¿Y por qué no ha venido?

—Le señalé una butaca al otro lado de la chimenea encendida y nos sentamos, frente a frente.

—Había dejado encima de la falda un hermoso manojos de rosas aurora y las miraba muy interesado, sin contestar a mi pregunta que, al parecer, le podía interesar en grave aprieto, no sé por qué.

—Diga usted, ¿por qué no ha venido?

—Un poquito. —No debe estarlo. Un sentimiento de delicadeza llevado hasta el extremo, me retenía alejado. Pensé que a su novio tal vez no le sentase bien que un extraño disfrutara del mismo privilegio.

—¡Oh!—protesté imprudente. —Mi novio no es celoso y de usted no podría estarlo nunca.

Al instante, me arrepentí de mis palabras viendo al conde fruncir el ceño adusto y contestar secamente.

—Desde luego, ¿Quién tiene celos de un hombre de tan escasa valía mo-

—¿Y por qué no ha venido?

—Le señalé una butaca al otro lado de la chimenea encendida y nos sentamos, frente a frente.

—Había dejado encima de la falda un hermoso manojos de rosas aurora y las miraba muy interesado, sin contestar a mi pregunta que, al parecer, le podía interesar en grave aprieto, no sé por qué.

—Diga usted, ¿por qué no ha venido?

—Un poquito. —No debe estarlo. Un sentimiento de delicadeza llevado hasta el extremo, me retenía alejado. Pensé que a su novio tal vez no le sentase bien que un extraño disfrutara del mismo privilegio.

—¡Oh!—protesté imprudente. —Mi novio no es celoso y de usted no podría estarlo nunca.

Al instante, me arrepentí de mis palabras viendo al conde fruncir el ceño adusto y contestar secamente.

—Desde luego, ¿Quién tiene celos de un hombre de tan escasa valía mo-

—¿Y por qué no ha venido?

—Le señalé una butaca al otro lado de la chimenea encendida y nos sentamos, frente a frente.

—Había dejado encima de la falda un hermoso manojos de rosas aurora y las miraba muy interesado, sin contestar a mi pregunta que, al parecer, le podía interesar en grave aprieto, no sé por qué.

—Diga usted, ¿por qué no ha venido?

—Un poquito. —No debe estarlo. Un sentimiento de delicadeza llevado hasta el extremo, me retenía alejado. Pensé que a su novio tal vez no le sentase bien que un extraño disfrutara del mismo privilegio.

—¡Oh!—protesté imprudente. —Mi novio no es celoso y de usted no podría estarlo nunca.

Al instante, me arrepentí de mis palabras viendo al conde fruncir el ceño adusto y contestar secamente.

—Desde luego, ¿Quién tiene celos de un hombre de tan escasa valía mo-

demás niñas... ¿Porque eso no son más que niñas, ganas de mimo, deseos de que le regalen el oído... ¿verdad?

Y levantándome y asióndolo de un brazo le obligué a levantarse a él, ceñido todavía, para conducirme delante del espejo de mi peinadora. Sobre la clara luna surgieron nuestras dos figuras y, yo misma, quedé admirada de la belleza de nuestro propio grupo.

Con acento alegre le dije acercando mi cabeza un poco a la suya.

—Mírese bien al espejo y diga después, repita las tonterías que antes ha dicho.

Duró un poco la tensión del rostro. Después difuminóse al calor de una sonrisa y luego, la esfinge de sí misma fundió su hieratismo; y un rostro alegre, feliz y emocionado, apareció junto a la faz risueña del Hada Alegria. Me dirigí dentro del espejo una mirada tímida y osada a la vez, como velada por el parpadeo nervioso de las pestañas, que revelaba una ligera alteración, y acercando más su cabeza a la mía hasta formar un bellísimo grupo, díjome no sé si en serio o en broma.